

# Proyecto Nacional de Etnografía: un recuento en clave peninsular

Ella F. Quintal Avilés\*

*Dios está en los detalles*

MIES VAN DER ROHE

La antropología sociocultural se inició como disciplina científica en el siglo XIX bajo muchos nombres diferentes –antropología, etnología, historia de las culturas, antropogeografía, psicología de los pueblos, estudio de la cultura popular, folclore...-. A veces interesan más las costumbres, las lenguas, las características físicas, la tecnología, la religión, pero lo que tienen en común los primeros antropólogos es que no quieren estudiar la diversidad de las formas de vida con base en libros antiguos, sino a partir de la observación de los fenómenos empíricos. Por eso las nacientes sociedades antropológicas y etnológicas de las grandes ciudades europeas estaban casi siempre vinculadas con los museos, y se nutrían a menudo de las colecciones amasadas durante siglos por reyes y príncipes. Sus actas muestran a sus miembros describiendo, midiendo y comparando armas y herramientas de caza, artefactos de la vida diaria e indumentaria, huesos y cráneos, examinando vocabularios y ritos, reglas de matrimonio y de herencia, dibujos de construcciones y relatos de encuentros. Poco a poco la información empírica, más bien reunida casualmente, se completó mediante datos deliberadamente buscados por medio de cuestionarios y, luego, con las primeras expediciones.

Con el ingreso de la antropología a la universidad, Franz Boas, Bronislaw Malinowski y Marcel Mauss se convirtieron en los pioneros y promotores de la observación personal, directa, detallada y sistemática de culturas no occidentales, mientras que en el interior de Europa se desarrollaron al mismo tiempo estudios de campo semejantes sobre la población campesina y otros sectores sociales. En la segunda mitad del siglo XX, a consecuencia del proceso de descolonización, la antropología se estableció con firmeza en los países del Sur, a veces con su nombre, a veces con otros, y en condiciones nuevas.

Lo que es y sigue siendo la marca distintiva de la antropología es aquello que suele llamarse etnografía: la descripción minuciosa y detallada de las actuaciones y enunciados de determinados seres humanos como miembros de un grupo social o cultura. El llamado trabajo de campo, una forma de convivencia cotidiana que familiariza al estudioso con la cotidianidad de “los otros”, permite acercarse a “su visión” del mundo y facilita reducir la brecha cognitiva entre “ellos” y “nosotros”: es la parte central de esta etnografía, en dado caso completada por la reconstrucción histórica de la emergencia del presente observado y la comparación con situaciones semejantes y diferentes, además de los puntos de vista de otros actores relacionados (Krotz, 2002).

En este trabajo no intento una discusión en abstracto acerca de qué es la etnografía.<sup>1</sup> Más bien me parece pertinente describir, desde mi involucramiento en el mismo, la manera en que ha

\* Centro INAH Yucatán (inahsas@prodigy.net.mx).

<sup>1</sup> Para una discusión y análisis sobre el trabajo etnográfico y sus características, véanse los textos de Guber (2011 y 2014), así como la entrevista de Olivos y Cuadriello a Fábregas Puig (2012).



Banda de guerra tradicional, concurso: "Músicos e instrumentos musicales", serie: "470 Aniversario. Fundación de la Junta Auxiliar de San Pedro Hueyetan", San Pedro Hueyetan, Puebla, 28 de junio de 2007 **Fotografía** © Ernesto Navarrete Arauza, Fototeca de la ENAH

venido trabajando, funcionando, cambiando y avanzando el proyecto Etnografía de las Regiones Indígenas de México en el Nuevo Milenio. Es claro que este enfoque tendrá las limitaciones de mi propia participación en el proyecto, sobre todo el hecho de que mi inserción en el mismo se ha dado desde una región en particular, a saber: la península de Yucatán.

### Proyecto Nacional de Etnografía

En 1999, la maestra Gloria Artís, entonces coordinadora Nacional de Antropología del INAH, convocó a poco más de dos decenas de investigadores del instituto a una reunión en la ciudad de México con el objetivo de discutir el posible diseño de un amplio proyecto que tuviera como tarea abordar la etnografía de los grupos indígenas de México. El planteamiento de partida fue la constatación de la escasa información y análisis acerca de las formas de vida de las etnias de México y sus comunidades. En una larga sala en la sede de la coordinación, en la colonia Roma, ante una también muy larga mesa, nos sentamos a escuchar la propuesta de Gloria Artís y enseguida a expresar nuestro apoyo y entusiasmo por participar en el proyecto. Asistimos a las primeras reuniones sobre todo antropólogos<sup>2</sup> sociales

<sup>2</sup> Aquí, y en aras de la sencillez, usaré el "acostumbrado" género masculino, aun cuando se trate de hombres y mujeres.

y etnólogos, pero también antropólogos físicos, etnohistoriadores y lingüistas.

El proyecto se organizaría con base en equipos regionales coordinados casi en su totalidad por personal de tiempo completo del INAH. Para empezar, se solicitó a los coordinadores regionales que presentaran propuestas sobre temáticas que consideraran pertinente abordar desde sus respectivas regiones de investigación. Ya en febrero de 1999 la Coordinación Nacional de Antropología había enviado a los coordinadores regionales un documento con 15 temáticas posibles, en parte sugeridas por los propios coordinadores regionales y de las cuales, según se estimara viable, deberían ser seleccionadas por el colectivo "cinco o seis", a desarrollarse en los dos primeros años de vida del proyecto.<sup>3</sup> También en ese mes y año se pedía la colaboración de los coordinadores regionales para la elaboración de una bibliografía sobre pueblos indígenas de México, que llevaría el nombre *Cien años de etnografía en México: bibliografía general*, a editarse en un disco compacto.<sup>4</sup>

<sup>3</sup> Como se comentará más adelante, una de las "trampas" del proyecto son los apretados cronogramas de las investigaciones, sobre todo en el caso de un proyecto de etnografía que, por sus propias características, requiere de tiempos prolongados de trabajo de campo.

<sup>4</sup> Finalmente, la bibliografía con el nombre *Las regiones indígenas en el espejo bibliográfico* se publicó en tres volúmenes en la editorial del INAH. El primer volumen lleva fecha de 2001 y fue coordinado por Alicia Barabas.



Antes de que terminara la primera mitad de febrero, se nos comunicó a los coordinadores de los equipos regionales –coordinadores regionales– que, a sugerencia de diversos investigadores del proyecto, se implementaría el Seminario Permanente de Etnografía Mexicana, cuyo primer programa tendría lugar de marzo a mayo, el segundo y el cuarto viernes de cada mes, a las 17:00 horas. Para quienes por motivos de distancia o de trabajo no pudieran asistir a las sesiones del seminario en la ciudad de México, una reseña del contenido de cada sesión se publicaría en la revista mensual *Diario de Campo*, de esa misma coordinación.<sup>5</sup>

A través de un proceso, cuyos detalles en parte desconozco<sup>6</sup> y en parte no recuerdo,<sup>7</sup> se llegó a la consolidación de una propuesta de investigación con una duración de cinco años, la cual se presentó al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt) para su financiación. Esta primera etapa se proponía el estudio de diversas temáticas que a la postre se estructuraron por medio de las siguientes líneas de investigación: 1) “Estructura social y organización comunitaria”, 2) “Simbolizaciones sobre el territorio en las culturas indígenas”, 3) “Relaciones interétnicas e identidades indígenas”, 4) “Sistemas normativos, conflictos y alternativas religiosas”, y 5) “La migración indígena en México: causas y efectos en la cultura, la población y la

<sup>5</sup> En la actualidad, los integrantes de los equipos regionales que viven lejos de la ciudad de México tienen acceso en vivo u *on demand* (“a pedido”) a los contenidos de los conferencias y reuniones del Seminario Permanente de Etnografía.

<sup>6</sup> Es casi obvio que hubo discusiones y decisiones que se dieron y tomaron sin que todos los participantes del proyecto estuviéramos enterados. Lo anterior no es una crítica, sino una explicitación sobre lo difícil que resulta que todos los participantes en una “práctica cultural” estén igualmente al tanto de todas las relaciones y sus “sedimentaciones” (Berger y Luckmann, 1994) que dicha práctica encierra.

<sup>7</sup> Habría sido útil llevar registro en un diario de campo de las reuniones del proyecto (Quintal, 2011).

economía”.<sup>8</sup> Para abordar estas líneas, y respondiendo en parte a la estructura organizacional del INAH, se conformaron 20 equipos de investigación que, en teoría, abordaron igual número de regiones indígenas.<sup>9</sup>

Una segunda etapa de estudios etnográficos fue también aprobada por el Conacyt,<sup>10</sup> cuyas líneas de investigación fueron: 1) “Procesos rituales”, 2) “Cosmovisiones y mitologías”, y 3) “Nahualismo y chamanismo”.<sup>11</sup>

El seguimiento de los trabajos de investigación de los equipos ha estado a cargo del o los coordinadores de línea y del Consejo Académico, este último conformado por los coordinadores de la línea vigente, cinco investigadores y la responsable de la Coordinación Nacional de Antropología.<sup>12</sup> Además de estas dos “instancias” de supervisión y asesoría, se han llevado a cabo once reuniones nacionales, en las cuales los equipos regionales han presentado ante el colectivo nacional –integrado por todos los investigadores de base y a contrato del proyecto–, así como ante investigadores invitados, sus avances de investigación, organizados hasta donde le resulte posible a cada equipo y con miras a un ensayo plausible de publicarse en una obra colectiva con los trabajos de los equipos en torno a las temáticas específicas de la línea en cuestión.<sup>13</sup>

<sup>8</sup> En esta etapa del proyecto, el doctor Miguel Bartolomé fue el responsable ante el Conacyt.

<sup>9</sup> No es un secreto que una de las flaquezas del proyecto ha sido nuestra falta de acuerdo para organizarnos por equipos de investigación en diferentes regiones indígenas. Los 20 primeros equipos que integraron el proyecto nacional fueron Monterrey, Sonora, Chihuahua, Nayarit, Michoacán, Querétaro, Estado de México, Hidalgo, ciudad de México, Guerrero, Morelos, Tlaxcala, Puebla, Veracruz, Huasteca, Istmo, Oaxaca, Chiapas y península de Yucatán. El proyecto llegó a incluir 21 equipos de investigación y en la actualidad hay 14 (agradezco a Karla Peniche, de la Coordinación Nacional de Antropología, la información al respecto).

<sup>10</sup> En esta etapa, la doctora Margarita Nolasco (QEPD) fue responsable de los estudios.

<sup>11</sup> Los siguientes investigadores e investigadoras fueron responsables en forma individual y colectiva de las diferentes líneas: Saúl Millán, Julieta Valle, Alicia Barabas, Miguel Bartolomé, Aída Castilleja, Elio Masferrer, Ella F. Quintal, Margarita Nolasco, Miguel Ángel Rubio, Lourdes Baez, Johannes Neurath, Marina Alonso y Catharine Good. En una tercera etapa se han abordado temas tan importantes como los referidos al patrimonio biocultural y los procesos socioambientales de y en los pueblos indígenas de México. Estas líneas de investigación han sido coordinadas por los doctores E. Boege y Narciso Barrera, la primera, y los doctores Aída Castilleja y Javier Gutiérrez, la segunda.

<sup>12</sup> En 2010, con el cambio de responsable en la Coordinación Nacional de Antropología, hubo también una modificación en el nombre y la concepción del antiguo consejo, que pasó a denominarse Comité Académico, conformado por el o la responsable de la coordinación, por el o la encargada del área de vinculación, dos investigadores o investigadoras elegidos por la asamblea de coordinadores regionales, y el o los coordinadores de la línea de investigación vigente.

<sup>13</sup> Las reuniones nacionales, tan necesarias, suelen ser agotadoras y no han estado libres de tensiones innecesarias.

Si bien se esperaba que cada equipo aportara al final de cada línea de investigación un documento de entre 50 y 60 cuartillas, en la práctica esta norma se ha ido redefiniendo, pues en nuestros días se han llegado a elaborar trabajos de hasta 200 o más cuartillas por equipo, o bien sucede que cada equipo, en vez de entregar un ensayo comprensivo, aporta dos, tres y hasta cuatro.<sup>14</sup>

Es tarea de los coordinadores de línea organizar los diferentes ensayos en volúmenes que tengan lógica y coherencia, así como escribir una introducción a la obra, concebida esta última como el resultado más importante de las investigaciones de cada línea. Como se comprende, la diversidad de enfoques de los equipos, aunada a la diversidad cultural de México, conllevaron ensayos que difícilmente serían idénticos, y ésta es precisamente una de las fortalezas de las publicaciones del proyecto, aunque no deja de presentar “bemoles” que los coordinadores de línea, a veces con ayuda del equipo de la coordinación, deben sortear a la hora de “integrar” los diferentes ensayos en los diversos volúmenes.

Es importante señalar que todos los ensayos y volúmenes producidos en el marco del proyecto Etnografía de las Regiones Indígenas de México en el Nuevo Milenio han pasado por dos dictámenes: uno interno y otro externo. La lentitud de los procesos de edición de las obras puede ser atribuida –quizá entre las causas más importantes– a la gran tarea que implica la sincronización de los tiempos de varias decenas de investigadores –que, por cierto, son también personas concretas con vidas concretas– y a los tiempos editoriales de la propia institución.

Es también obvio que, más allá de los textos contenidos en los volúmenes generados en cada línea de investigación, los integrantes del proyecto también han publicado en libros y revistas de otras instituciones académicas y otras editoriales.

Por último, hay que destacar que el proyecto Etnografía de las Regiones Indígenas de México en el Nuevo Milenio no es sólo de carácter colectivo, sino también un proyecto nacional, que aspira a dar cuenta de la diversidad y riqueza cultural de los pueblos originarios de México. De ahí el constante empeño en tener equipos de investigación a lo largo y ancho del país.

<sup>14</sup> Una posible explicación reside en el contexto académico global y nacional en los que “la producción” (artículos y libros) es el valor y la clave para evaluar el “desarrollo académico individual”, pero también, desafortunadamente, el institucional (González Casanova, 2001: 35-36).



### Los trabajos del equipo de la península de Yucatán

En la segunda mitad de la década de 1990 había empezado, junto con compañeros investigadores de diferentes especialidades adscritos al Centro INAH Yucatán, a trabajar en un seminario de análisis de las culturas maya y yucateca. Nos reuníamos cada mes y exponíamos avances de nuestras investigaciones o ponencias presentadas en congresos y coloquios. El seminario nos permitía recibir comentarios, críticas y sugerencias, ya para el avance de nuestras investigaciones, ya para concluir con miras a su publicación, textos que considerábamos aún preliminares.

En este contexto, en 1999 fui invitada a las reuniones para integrar el proyecto Etnografía de las Regiones Indígenas de México en el Nuevo Milenio y se me pidió que coordinara el equipo regional de la península de Yucatán. Éste quedó conformado por siete investigadores de base y diez contratados por obra y tiempo, de los cuales uno tenía licenciatura, siete eran pasantes y dos más, estudiantes del último semestre de la carrera.<sup>15</sup>

Experiencias previas de investigación propia y de colegas de otras instituciones permitieron que ubicáramos las microrregiones donde llevaríamos a cabo nuestros estudios. Así, trabajamos la región de los Chenes, en Campeche; la región centro de Quintana Roo –la llamada zona maya macehual– y la región de Tulum de la misma entidad, el oriente y el sur de Yucatán.

<sup>15</sup> Durante el primer año del proyecto, participó en el mismo la pasante de etnología R. Petrich, que era personal adscrita al Centro INAH Quintana Roo. Los integrantes del proyecto eran Juan Ramón Bastarrachea, Fidencio Briceño, Martha Medina, Ella F. Quintal, Beatriz Repetto, Lourdes Rejón y Margarita Rosales. Los investigadores a contrato fueron Laura Amaya, Alejandro Cabrera, Eriberto Coot, Ingrid Coral, José Durán, Jorge Gómez, Rosalba Pérez, Alberto Rodríguez y Alma Delia Sánchez.



Por años, el funcionamiento del equipo se ha basado en dos tipos de actividades académicas: 1) un seminario permanente interno que por lo general se reúne una vez por semana, excepto durante los periodos de trabajo de campo, y 2) el trabajo de campo.<sup>16</sup>

En el seminario interno se estudia y discute el “documento rector” del coordinador de línea, donde se exponen las orientaciones teórico-metodológicas y las temáticas pertinentes a la línea.<sup>17</sup> Se estudia y discute también la bibliografía sugerida por el coordinador de línea y los contenidos de las conferencias de los invitados al Seminario Permanente de Etnografía, que suele correr en forma paralela y constituye un apoyo a los trabajos de campo y gabinete correspondientes a la línea de investigación. Se acopia y revisa información de carácter histórico, etnohistórico y etnográfico ya publicada acerca de la población maya y relacionada con el tema o los temas a investigar.

En el seminario interno se discute cuáles serán las temáticas que abordará el equipo regional y en qué comunidades o localidades se llevará a cabo el trabajo de campo. Una vez con esta información, la coordinadora del equipo redacta un breve documento que envía al coordinador de la línea para comentarios y sugerencias. En el seminario interno se elaboran guías de investigación, de observación y de entrevistas pertinentes, y los integrantes del equipo presentan resultados preliminares de cada salida al campo y reciben comentarios y sugerencias.

<sup>16</sup> En la actualidad, el equipo está conformado por cuatro investigadoras de tiempo completo y cuatro investigadores a contrato. Siete de los investigadores tienen el grado de licenciatura y una el de doctorado. Por motivos presupuestales, el personal a contrato sólo lo está nueve meses al año.

<sup>17</sup> Cuando menos en cuatro ocasiones, en el marco de diferentes líneas de investigación, el equipo regional recibió asesoría *in situ* de los coordinadores de igual número de líneas de investigación.

Después de cada salida al campo –que puede durar entre una semana y 15 días–, los investigadores dedican varias semanas a elaborar sus “reportes de campo”. Las observaciones y comentarios de la coordinadora del equipo permiten orientar y definir las siguientes salidas. Suele ocurrir que el equipo deba revisar de nuevo conceptos y bibliografía. Por supuesto, a lo largo del proceso se retoman y revisan lecturas, conceptos e información que provienen de líneas previas de investigación.

Un primer balance general sucede cuando la Coordinación Nacional de Antropología convoca y organiza la reunión nacional correspondiente a la línea de investigación vigente. Preparar los documentos que serán presentados allí permite evaluar avances y tareas de investigación aún por concretar. Cuando se acerca la entrega de los ensayos, la coordinadora propone un guión de redacción que es analizado, revisado y corregido por los integrantes del equipo. Finalmente, los investigadores se abocan a redactar diferentes partes del ensayo,<sup>18</sup> que luego recibe más de una revisión por parte de la coordinadora regional con el objetivo de darle la mayor coherencia posible.

Así, es claro que los ensayos del equipo regional son un producto colectivo, no sólo en cuanto a la obtención de “datos” en campo, sino también a las discusiones y análisis de la información proveniente de diferentes localidades de las regiones mayas peninsulares, y asimismo, y de una forma mucho más amplia, porque se enmarcan en la dinámica, las aportaciones y discusiones de un proyecto colectivo de escala nacional.

### Algunas debilidades

No se puede dudar del aporte que al conocimiento de la diversidad cultural y étnica del país han constituido las diferentes y variadas actividades de investigación del Proyecto Nacional de Etnografía. Sin embargo, esta gran tarea ha tenido algunos aspectos que han limitado sus alcances. En primer lugar, los tiempos de investigación. “Hacer” etnografía es todavía, en gran medida, un trabajo “artesanal” que requiere tiempo. Cuando era estudiante oí decir que por cada hora de trabajo de campo se requieren muchas más de gabinete.

<sup>18</sup> Quienes se ocupan de esta tarea son casi siempre los investigadores de base, porque los colegas contratados ya han salido temporalmente del equipo, en virtud de que el presupuesto para el pago de su salario no alcanza para cubrir el año entero.

Aquel largo pero “productivo” proceso de tomar notas en campo, registrar de manera amplia la información en un diario, hacer “fichas de investigación”, entre otras tareas, siempre se hace con la espada de Damocles del tiempo encima. Y todo esto mientras el investigador debe participar en congresos, coloquios, cursos, pláticas ante los públicos más diversos, dictaminar trabajos de otros colegas e instituciones, por citar algunos ejemplos. Acercarse, pues a veces no da tiempo para más, a once temáticas en 15 años, como ha hecho el Proyecto Nacional de Etnografía, es un trabajo de ritmo demasiado intenso.

La manera en que se ha organizado la publicación de los resultados del proyecto no ha sido precisamente la más ágil. Los pesados volúmenes en que aparecen publicados nuestros ensayos conllevan tiempos de edición prolongados y el formato –textos demasiado largos– no se presta con agilidad a la consulta por parte de otros colegas y los estudiantes. La difusión de estas publicaciones ha sido deficiente, por decir lo menos. Ni siquiera en las bibliotecas de los centros de investigación del INAH distribuidos en el país se consiguen todos los volúmenes en que aparecen los ensayos de los equipos de la región. La difusión de nuestros trabajos se ha dado por la donación de los propios volúmenes de los autores a las bibliotecas de otras instituciones de investigación en ciencias sociales y humanidades.

Habrà que hacer un esfuerzo mayor para que los resultados de tanto trabajo investigativo tengan una amplísima difusión, ya que existe un verdadero interés de las sociedades regionales en saber y conocer acerca de la diversidad cultural de México.<sup>19</sup>

### Bibliografía

- Barabas, Alicia, *Las regiones indígenas en el espejo bibliográfico*, México, INAH, 2002.
- Berger, Peter y Thomas Luckmann, *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires, Amorrortu, 1968.
- González Casanova, Pablo, *La universidad necesaria en el siglo XXI*, México, Era, 2001.
- Guber, Rosana, *La etnografía. Método, campo y reflexividad*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011.
- \_\_\_\_ (comp.), *Prácticas etnográficas. Ejercicios de reflexividad de antropólogos de campo*, Buenos Aires, IDES/Miño-Dávila, 2014.

<sup>19</sup> En más de una ocasión he insistido en reuniones del Comité Académico en que deben “subirse” a la página del proyecto todos los materiales y, sobre todo, los ensayos producidos en el mismo.



Krotz, Esteban, *La otredad cultural entre utopía y ciencia. Un estudio sobre el origen, el desarrollo y la reorientación de la antropología*, México, Siglo XXI/UAM, 2002.

Olivos, Nicolás y Hadlynn Cuadriello, “La etnografía: el descubrimiento de muchos Méxicos profundos. Entrevista a Andrés Fábregas Puig”, *Andamios*, vol. 9, núm. 19, 2012, pp. 161-169.

Quintal, Ella F., “El centro y las orillas: el Proyecto Nacional de Etnografía desde una región”, en Victoria Novelo y Juan Luis Sariego (coords.), *La antropología en las orillas*, San Cristóbal de las Casas, Universidad Intercultural de Chiapas, 2011, pp. 91-108.

